

Intriga magallánica

Correr tras el viento

Luis Alberto Maira

Para nadie es un misterio que el mundo desarrollado le sigue pidiendo exotismo a la literatura latinoamericana. Es lo único nuestro que quieren leer. Y es lo único de lo que nos creen capaces. La dicotomía Macondo y Mc Ondo, planteada por Fuguet y Gómez, no explica todo el fenómeno, pero en términos generales es cierta. Cuando Rayuela, la novela capital de Cortázar, salió de las prensas, un crítico francés, al comprobar el tono de la narración, su descarada condición experimental y su cercanía con la poesía y la metafísica, zanjó la cuestión diciendo "eso lo hacemos mejor nosotros". ¿Habrá sido el mismo que dijo que, de haber vivido en Francia, Borges hubiera sido un escritor de segunda, por el mero hecho de escribir en español?

Suena un poco a ese triunfalismo ciego al que tanto nos hemos aficionado en este país, pero me atrevería a decir que la literatura latinoamericana debe ser, en este momento, de las más ricas, variadas y multiformes de todo el mundo. Como dice Bryce Echenique, no solo existen los del boom, sino los posteriores a los posteriores al boom. Cuesta formarse en la mente un cuadro totalizador. Por razones diversas los nuevos escritores latinoamericanos están condenados a sus pequeños mercados domésticos, donde unos cuantos miles de ejemplares vendidos y un par de críticas favorables se consideran

● *Conocido principalmente por sus novelas policiales, Ramón Díaz Etérovic entrega ahora una novela mucho más ambiciosa (tan cercana al género de espionaje como al romance y al relato histórico) que transcurre en Punta Arenas en los tiempos de la Primera Guerra Mundial.*

un triunfo.

Hay dos cuestiones que son comunes hoy a todos los escritores latinoamericanos. La primera es su incontestable condición occidental. Esto puede parecer obvio, pero desde afuera no lo es tanto. No les es ajena a nuestros escritores ninguna tradición literaria occidental, desde los clásicos grecolatinos hasta el feminismo de última hora. Y pueden manejarlas, assimilarlas o repudiarlas con la misma soltura y naturalidad que cualquier intelectual europeo o norteamericano.

La segunda cuestión es lo que podríamos llamar "la pervivencia de la fe en el misterio de la palabra escrita". En Estados Unidos la narrativa pareciera ser una rama menor del cine. El sueño del novelista anglosajón es la adaptación cinematográfica de sus obras, las cuales, para estos efectos, son escritas como verdaderos guiones novelados. En Latinoamérica, en cambio, (y por fortuna) aún se escribe para los lectores. Aquí la literatura todavía es (parafraseando a Borges) "un sueño dirigido".

Detectives y espías

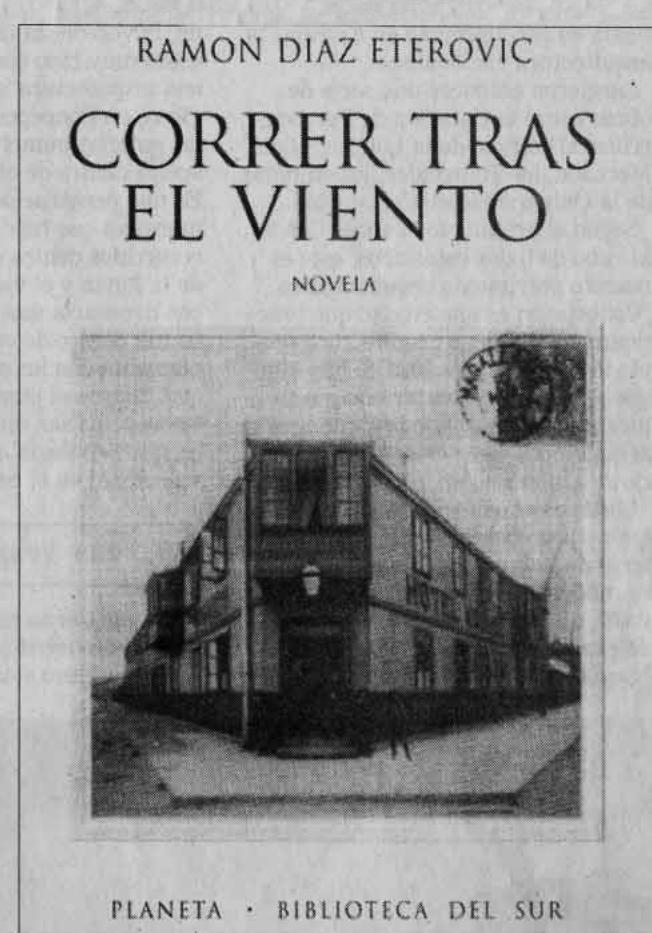
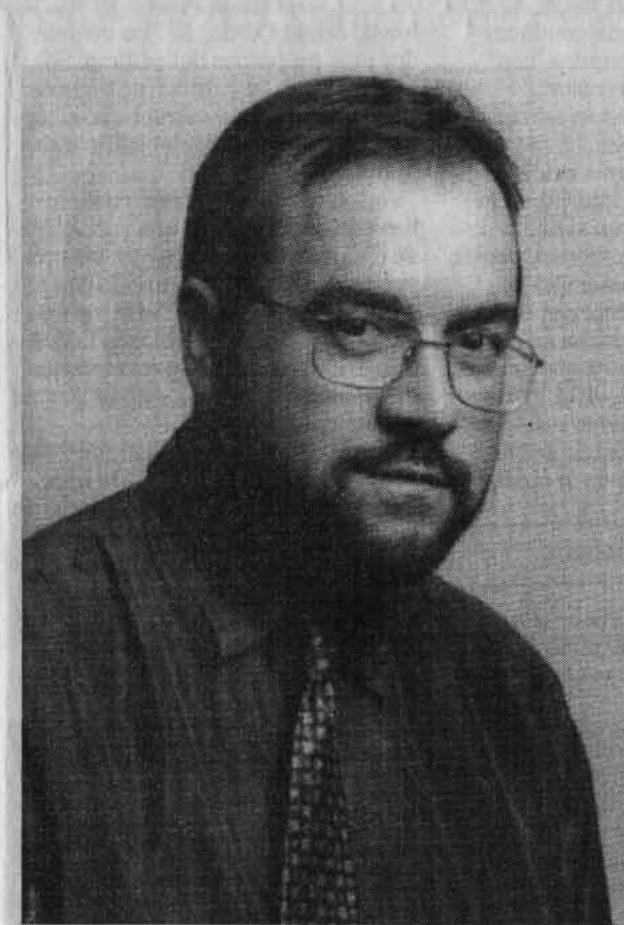
Las novelas de Ramón Díaz Eterovic son una clara evidencia de la prodigiosa química que está operando en las letras latinoamericanas al

calor de tradiciones literarias foráneas. Ramón Díaz es el primer y más destacado cultor chileno de la Novela Negra, subgénero que, como señala Chandler, despojó al misterio policial de sus afectadas buenas maneras y se atrevió a contar lo que realmente ocurría en la Norteamérica de la Depresión, donde las calles estaban oscuras de algo más que la noche.

Díaz Etérovic no comulga con triunfalismos de jaguar ni con las visiones autocomplacientes al uso. Su célebre detective Heredia, alter ego muy a la chilena de un Philip Marlowe, se mueve en lo profundo de la metrópoli, investigando y deshaciendo entuertos que hablan de un país menos sano de lo que todos quisiéramos creer.

La deuda de estas novelas de Díaz Etérovic con autores como Hammet, Cain, Thompson y toda la tradición Black Mask es evidente. Está la visión ácida, el discurso cínico, los mecanismos de la intriga, la violencia. Pero también, por raro que suene, hay una línea que conecta directamente con cierta literatura chilena de corte social, representada en autores como Nicomedes Guzmán y la generación de 38.

"Correr tras el viento" es la más reciente novela de Díaz Eterovic y el primer ladrillo de un ambicioso proyecto literario: escribir una serie de



novelas históricas ambientadas en Magallanes que den cuenta de la inmigración croata en la zona. Esto no es algo antojadizo. Ramón Díaz vivió hasta los 17 años en Punta Arenas y su abuelo fue uno de esos sacrificados inmigrantes.

El primer latido de "Correr tras el viento" lo sintió Ramón Díaz al recordar un episodio de su juventud. Tenía 10 años cuando su madre lo llevó al funeral del papá de una amiga. El occiso estaba vestido de marino y le daban el último adiós unos alemanes viejos. En ese momento no preguntó mucho, pero años después, investigando en periódicos de la época, descubrió que ese sujeto había tenido un comportamiento heroico durante la primera guerra mundial, al salvar un crucero que

había quedado muy averiado después de la batalla de las Malvinas.

De alguna manera, "Correr tras el viento" es varias novelas en una. Ciertamente, es un gran fresco histórico. Como ya está dicho, la trama transcurre en el tiempo de la Primera Guerra Mundial. También es una novela de espionaje. Por motivaciones que están más cerca de la soledad que de la convicción política, sus personajes centrales son agentes secretos bajo las órdenes de Alemania y tienen misiones específicas que cumplir. Es indudable, por otra parte, que la novela es un voluptuoso ejercicio de nostalgia, enderezado a la evocación de un tiempo de prostíbulos señoriales como la mítica Casa Rosada, donde no solamente se desfogaba la punzante lujuria, sino que se

toman grandes decisiones y fluye la vida social. Es evidente, por último, que "Correr tras el viento" es una novela de amor, amor intenso y trágico entre seres que se saben condenados a no estar juntos.

La mayoría de los relatos de Díaz Etérovic están escritos en primera persona. "Correr tras el viento", en cambio, es una narración objetiva, casi omnisciente, desprovista por completo de modulaciones chilenas, como si fuera una traducción (de las buenas). La tercera persona, con sus dificultades y desafíos técnicos, le permitió a Díaz darle más verosimilitud a la recreación histórica y mayor entidad a los personajes extranjeros.

Bien por él, y bien por la literatura chilena.